

Entrevista a Enrique Moradiellos

Enrique Moradiellos (Oviedo, 1961) es Licenciado y Doctor en Historia por la Universidad de Oviedo. En la actualidad es Catedrático de Historia Contemporánea en el Departamento de Historia de la Universidad de Extremadura y académico electo de la Real Academia de la Historia. Con anterioridad ha sido Investigador y Profesor de la misma materia en la Universidad de Londres y en la Universidad Complutense de Madrid. En el año 2017 recibió el Premio Nacional de Historia del Ministerio de Educación por la obra *Historia mínima de la Guerra Civil Española*.

* * * *



Pregunta (P): Braudel habló de la *aceleración del tiempo histórico*... parece que pensaba en nuestro tiempo: Pandemia, Brexit, Trump, el auge de populismos de todo signo y, ahora, el asalto al Capitolio. ¿Cuál es su percepción, como historiador, del tiempo en el que vivimos?

Enrique Moradiellos (EM): Hace ya varios decenios, prácticamente desde el final de la Guerra Fría y del paralelo despegue de los pro-

cesos de Globalización económica y tecnológica, hay muchos indicadores de que el “tempo” histórico estaba acelerándose de manera casi vertiginosa. Al menos si lo cotejamos a partir de la duración de una vida humana media (que, por cierto, ha pasado a duplicarse prácticamente en apenas dos siglos, nada menos). Basta comprobar que la obsolescencia de un artefacto de última generación tecnológica (por ejemplo, un teléfono móvil o un ordenador portátil) se ha reducido a mínimos mensurables en meses, más que en años o en decenios, como sucedía hasta hace poco. También es verdad que la reciente pandemia por la enfermedad Covid-19 ha sido un potente catalizador inesperado en este mismo sentido. De repente, cuando nadie lo esperaba (al menos en público y entre la opinión pública; y dejo de lado a los expertos en epidemiologías) esta súbita reaparición de uno de los tres jinetes del Apocalipsis (tras la guerra y el hambre) nos pone a prueba a todos, personal y colectivamente. Pone a prueba en primer término a los Estados en su capacidad para adoptar las medidas necesarias de control y prevención contra la enfermedad, con los resultados que estamos viendo, más o menos penosos o notables. Pero también pone a prueba a los individuos, a los que exigen una fortaleza de la

fibra moral que se resiente porque, al menos en los países más desarrollados, su ciudadanía estaba acostumbrada a pensar que el presente de bienestar y paz era eterno y sólo cabía ir a mejor.

Este cúmulo de reveses e incertidumbres provocados por la pandemia, con sus efectos socio-económicos y sobre el temple moral y las expectativas vitales individuales, se muestra como una pesadilla distópica casi incomprensible para las personas acostumbradas al presentismo imperante en las sociedades occidentales durante los últimos decenios. Pero es una ocasión para romper esa dinámica presentista porque la propia pandemia resulta mucho menos singular si echamos la vista al registro histórico para comprenderla en sus justas proporciones. Entre otras cosas, quiero pensar, porque esta crisis sin duda nos recuerda cruelmente la fragilidad de

“Esta crisis sin duda nos recuerda cruelmente la fragilidad de la vida humana sobre el planeta y sus límites infranqueables. Pero también nos ofrece la ocasión para resistir su embate y volver a vencer y renacer”.

la vida humana sobre el planeta y sus límites infranqueables. Pero también nos ofrece la ocasión para resistir su embate y volver a vencer y renacer, como después de la crisis del siglo XIV, por ejemplo.

P.: La palabra del año de 2020 fue finalmente “confinamiento” pero bien podría haber sido “polarización”. El debate sereno entre posturas discrepantes, la cordialidad dentro de la diferencia... en el debate político, en los medios de comunicación y en la calle está en sus horas más bajas. Parece que no aprendemos las lecciones de la historia del siglo XX. ¿Qué lecciones nos enseña la historia para salir de la trampa de la polarización?

EM.: En esta cuestión sí que es preciso adoptar una perspectiva histórica de “larga duración” para contextualizar esos procesos de polarización y radicalización en un marco geo-político certero, sobre todo para entender su efecto en los países occidentales de estructura democrática. Y encontramos que estamos viviendo una época de re-emergencia acelerada de las grandes culturas de Asia centro y sur-oriental, que hasta mediados del siglo XVIII tenían el mismo o similar nivel civilizatorio que el Occidente preindustrial y todavía no habían sufrido los efectos de la “gran divergencia”

generada por el despegue industrial y modernizador del mundo occidental. De hecho, todos los análisis socio-económicos y geoestratégicos apuntan a una realidad irreversible: el eje atlántico en su conjunto está perdiendo peso por un progresivo desplazamiento del protagonismo universal hacia los países del océano Pacífico, al compás del crecimiento económico y demográfico experimentado por China, India, Japón, Indonesia y otros “pequeños dragones” asiáticos. Estos procesos explican en parte el desconcierto de los gobernantes y ciudadanos de los países occidentales por la evidente pérdida de su significación internacional, aunque también ofrecen claras oportunidades para readaptarse a la nueva situación imperante.

P.: ¿Este desplazamiento hacia Oriente explica lo que estamos viviendo?

EM.: Sobre ese fondo cabe apreciar mejor los procesos que nutren la inestabilidad socio-política y el malestar cultural reflejados en las últimas consultas electorales y en las encuestas de opinión de ámbito occidental. Dicho rápidamente, el lento pero sostenido declive económico del mundo occidental se ha cebado con las clases medias y populares, empobrecidas durante la reciente recesión. Como ha demostrado Branko Milanovic,

“El lento pero sostenido declive económico del mundo occidental se ha cebado con las clases medias y populares, empobrecidas durante la reciente recesión”.

son las “grandes perdedoras de la Globalización” y hacen sentir su desasosiego de múltiples formas, electorales y de otro tipo. Su desencanto con la democracia representativa que parece incapaz de evitar estas dinámicas está detrás del inesperado apoyo de muchos segmentos sociales a otras fórmulas políticas de repliegue nacionalista, retracción proteccionista o inclinación filo-autocrática, ya sea de derechas (como vemos en Hungría o Polonia) o de izquierdas (como hemos visto en Grecia y acaso, de forma *sui generis*, en España).

¿Qué cabe hacer desde la Historia frente a estos procesos? Pues lo que siempre ha hecho la disciplina: tratar de explicar sus orígenes, causas, líneas de desarrollo fundamentales y efectos. Entre otras cosas, los análisis históricos servirían para comprender la naturaleza de esos procesos, apreciar su dirección y resituar así el empequeñecimiento del mundo occidental en el marco de esa intensa globaliza-

ción en curso. Así también se explicaría que el creciente enfado de estos inesperados “perdedores de la Globalización” no se arregla con derivas nacionalistas proteccionistas ni tampoco con recursos a la vieja retórica autoritaria y xenófoba, como si fuera posible retornar a la Arcadia Perdida o edificar aisladamente el Edén terrenal en el viejo solar europeo o americano (o en parte de él, si prosiguen las tendencias fraccionarias ya perceptibles en muchos países, incluyendo la propia España).

P.: Muchos comparan el momento que vivimos con el auge de los totalitarismos en la década de los treinta del siglo pasado. La historia no se repite, pero ¿comparte en algo ese argumento?

EM.: Después de más de dos siglos de existencia de la Historia como disciplina científico-humanista, tajantemente se puede decir que nada se repite en la historia, pese a las posibles similitudes o parecidos de algunos procesos históricos. De hecho, la Historia que va configurándose entre finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX lo hace sobre un vector conceptual inexcusable: el respeto a la “flecha del tiempo”, a la naturaleza direccional, asimétrica y acumulativa del paso del tiempo en sentido necesario desde un pasado fijo a un futuro abierto pasando por un

“Tajantemente se puede decir que nada se repite en la historia, pese a las posibles similitudes o parecidos de algunos procesos históricos”.

presente activo y sin bucles, círculos o regresiones azarosas. Esta novedosa concepción temporal, surgida de la revolución científica y tecnológica del siglo xvii y expandida al compás de la Ilustración en el xviii, implica la superación de otras concepciones sobre el fluir temporal hasta entonces dominantes en la historia.

Por ejemplo, la concepción estática del Presente Eterno que suponía la inmutabilidad de las condiciones de existencia social y natural. También la concepción cíclica del Eterno Retorno, derivada del curso de los ritmos orgánicos naturales (sucesión del día y la noche o de las estaciones, etcétera). La Historia nos demuestra que el tiempo (medido cronológicamente del modo que sea) es un factor de evolución histórica irreversible e impone la exclusión de cualquier anacronismo (incompatibilidad de momentos temporales diferentes) o ucronía (ausencia de coordenadas temporales) en las narraciones elaboradas por la historia científica. Puede haber fenómenos si-

milares en momentos históricos diferenciados, pero son por eso mismo fenómenos distintos necesariamente.

En el caso que menciona, la similitud con los años treinta del siglo xx, con esa etapa crítica que medió entre las dos grandes guerras mundiales, es notoria en un primer análisis acaso superficial. Pero hay también tantas diferencias entre ambas épocas que la comparación se vuelve artificiosa y hasta impostada: las gentes de entonces y las de ahora difieren y mucho en entidad numérica de sus sociedades de masa, tiempo medio de vida, nivel de bienestar material general, tasas de alfabetización y de formación educativa, grado de movilidad territorial y transnacional, usos de instrumentos tecnológicos y consecuentes experiencias vitales y colectivas de participación en la vida sociopolítica, en la actividad económica y en el despliegue cultural, ideológico y comunicativo. Si acaso, esas similitudes son el resultado de una mirada conscientemente dirigida hacia aquella época porque apreciamos (o nos hacen apreciar) que entonces las sociedades occidentales afrontaron desafíos vitales parecidos a los que ahora nos acechan: ¿Cómo afrontar los cambios planetarios sin perder el norte y la seguridad anhelada? ¿Qué alternativas se ofrecieron para su-

perar esos retos y cuáles eran sus perfiles?

P.: Eso es lo que muchos nos preguntamos en nuestro país.

EM.: En esta línea, creo que es probable que, en la actualidad, en España y en el resto del mundo donde hay sistemas democráticos, esté reproduciéndose una situación de triple alternativa de resolución de los desafíos parecida, *mutatis mutandis*, a la que se fue configurando en los años treinta. Y de ahí la mirada hacia ese tiempo, cercano generacionalmente a todos nosotros por razones obvias: es el tiempo de los abuelos o bisabuelos. Así, por ejemplo, si tomamos como parámetro la democracia como eje de posicionamiento político, cabe adoptar ahora como entonces tres opciones básicas: mantenerla mejorada, derribarla para volver atrás a regímenes autoritarios o destruirla para ir más allá hacia regímenes revolucionarios. En el caso de España, por ejemplo, las filias y fobias hacia nuestro pasado histórico tienen mucho que ver con simpatías y antipatías del presente.

Los demócratas verán en la República incruenta de 1931 un precedente noble de la democracia actual; los revolucionarios verán en la República radical de 1936 el listón honorable de sus anhelos; y los reaccionarios contemplarán en

Miguel Primo de Rivera o en Franco la muralla contra la pesadilla revolucionaria y contra la debilidad democrática para frenarlos. Quizá por esa sencillez de analogías, fecundas, pero también equívocas, estamos presenciando el reverdecimiento de miradas mitománicas sobre la guerra civil según esos derroteros presentistas. Y por eso, con frecuencia, se vuelve a poner de moda el léxico, la cartelística y hasta los estilos estéticos de las tres alternativas de aquella coyuntura lejana temporalmente, pero cercana emocionalmente. Basta pensar en el abuso de los términos “fascista” y “rojo”, “femininazi” o “chequista”, la bandera republica-

“ Los demócratas verán en la República incruenta de 1931 un precedente noble de la democracia actual; los revolucionarios verán en la República radical de 1936 el listón honorable de sus anhelos; y los reaccionarios contemplarán en Miguel Primo de Rivera o en Franco la muralla contra la pesadilla revolucionaria y contra la debilidad democrática para frenarlos ”.

na o la bandera franquista, la Cruz de San Andrés o la Hoz y el Martillo, etc. Mientras esas inspiraciones sean movimientos marginales, no hay motivo especial de preocupación. Pero si se convierten en movimientos masivos, entonces habría motivos para la alarma. No es el caso ahora mismo, afortunadamente.

P.: Ha recibido el Premio Nacional de Historia por su *Historia Mínima de la Guerra Civil Española*. La guerra terminó en 1939, pero parece que estamos empeñados en lucharla de nuevo cada legislatura. Según su análisis, ¿qué queda de la España 1936-1939 en la España de 2021? ¿Qué debería quedar?

EM.: Hay que empezar por recordar lo obvio, pero que a veces se olvida o deforma. La guerra civil fue un cataclismo colectivo que partió por la mitad a la sociedad española y abrió las puertas a un aterrador infierno de violencia y sangre. Cobró la vida de no menos de 200.000 muertos en combate, quizá hasta 350.000 muertos por penurias y carencias alimentarias y sanitarias inducidas por la contienda y un volumen de víctimas mortales por represión política interna de más de 130.000 a manos franquistas y del entorno de 55.000 a manos republicanas. Un conflicto de esta entidad sigue formando

parte de nuestro presente al menos por tres razones combinadas: es el tiempo de nuestros abuelos, muchos de los cuales todavía viven porque eran “niños de la guerra”; pervivió como hito fundacional del régimen dictatorial triunfante en la misma, que duró casi 40 años más, hasta finales de 1975; y, por último, su legado de dolor y sufrimiento perdura, aunque sólo sea en forma de fosas anónimas todavía pendientes de exhumar.

Por eso la guerra sigue siendo referencia frecuente de identificación política e ideológica pese a los años transcurridos. Y por eso se utiliza a menudo como factor de crítica contra el adversario político actual, en una visión cortoplacista y miope, sin duda. No es una rareza de los españoles porque esta pervivencia de los traumas es natural en sociedades legatarias de fracturas históricas de ese calado y sólo basta mirar al entorno para ver las dificultades de Alemania con su pasado nacional-socialista y el exterminio judío, de Japón con su trayectoria imperialista en China y Corea, o de Francia con su legado colonial o la evidencia de su extensa colaboración con el invasor entre 1940 y 1944. Pero la tarea de la historiografía es, por definición, superar esos condicionantes y ofrecer una lectura interpretativa superadora de las simplificaciones maniqueas

y mono-causales. Es difícil, pero no imposible.

Por eso mismo, cualquier análisis histórico de la guerra civil debe superar la perspectiva maniquea de verla como resultado de una división dicotómica de la sociedad española. Como en el resto de Europa, en el país entonces había una dinámica de conflicto entre tres grandes proyectos de reestructuración del Estado y la sociedad: la reforma democrática siguiendo el modelo franco-británico; la reacción autoritaria o totalitaria siguiendo los ejemplos de Portugal o de Italia; y la revolución social colectivista que definía la Rusia bolchevique. Con sus matices, todos los países continentales sufrieron los efectos de esa dinámica, a tono con sus tradiciones culturales, niveles de desarrollo económico y perfiles socio-culturales. Lo lamentable en el caso español es el práctico empate entre las fuerzas de la reforma democrática y las fuerzas de la reacción antiliberal, que demuestran las tres elecciones generales de 1931, 1933 y 1936. Con otro añadido: la fuerza del tercio excluso revolucionario para minar a los otros dos cuando están en el poder, pero sin capacidad para reemplazarlos. Una parálisis que abrió la vía a dejar las urnas y recurrir a las armas para dirimir un empate tan singular.

Esta visión de la realidad española como una pugna de tres alternativas es más explicativa que

“Esta visión de la realidad española como una pugna de tres alternativas es más explicativa que la mirada que sólo ve el conflicto entre comunistas y fascistas para dominar el país”.

la mirada que sólo ve el conflicto entre comunistas y fascistas para dominar el país. Porque olvida que los que estaban en el poder en 1936 eran demócratas que sufrieron el zarpazo de ambos: una contrarrevolución militar que intenta asaltar el poder y se encuentra con una revolución reactiva que paraliza sus avances y convive mal que bien con unas autoridades republicanas socavadas gravemente pero no hundidas ni desaparecidas del todo. Y ni siquiera me extendiendo sobre esas otras visiones que ven la guerra como una suerte de conflicto eterno entre el imperialismo agresivo de “Castilla/España” y las inocentes y sojuzgadas “naciones” de Cataluña, Euskadi o Galicia, por su radical falsedad.

En todo caso, ésa fue la complejidad histórica que ningún mito maniqueo puede eliminar. Y la so-

ciudad española actual debiera tener la capacidad de contemplar su pasado bajo ese prisma complejo, más que a través de las anteojeras del dualismo maniqueo. Y debiera recordar siempre algo bien conocido por la literatura histórica de otros fenómenos bélicos similares: las guerras civiles no estallan de pronto ni de improviso, como tormentas naturales ajenas a la voluntad de sus ciudadanos o como parte de un complot armado por unos pocos malvados y omnipotentes. Muy al contrario, las fracturas que llevan a la contienda se van fraguando con mayor o menor lentitud y, cuando finalmente se convierten en realidad bélica flagrante, como afirma Stathis N. Kalyvas, en ellas el látigo de “la violencia es resultado de profundas divisiones prebélicas”.

P.: Una pregunta ineludible es su valoración de la nueva *Ley de Memoria Democrática*. Por un lado, está la necesidad de resarcir a las víctimas de la Guerra Civil y el Franquismo, pero están los que apuntan que es un intento de los políticos de moldear cómo se tiene que escribir la historia. ¿Cómo valorar esta ley?

EM.: Como punto de partida para tratar de responder a esta cuestión, que es mucho más de orden cívico-moral que propiamente historiográfico, me gustaría hacer una

precisión. Aunque sea inútil, quiero dejar constancia de mi rechazo profesional al uso del término “Memoria Histórica”, en singular y en mayúscula. No hay tal cosa. Hay “memorias” sobre el pasado histórico que son siempre plurales y en minúscula porque cada uno recuerda lo que vivió en primera persona (si tiene recuerdos y edad para ello) o lo que otras le han contado sobre el pretérito (y entonces es información derivada y no vivencia rememorada). La Historia, como conocimiento riguroso y probatorio, surge de la criba de los testimonios en conflicto y de su cotejo con la documentación material persistente. Por eso reducir la historia a un adjetivo de la memoria sustantivada es algo muy problemático epistemológicamente, como ya nos previno una víctima y superviviente del Holocausto como Primo Levi, cuyas obras son siempre una advertencia sobre las veleidades de la memoria personal, un instrumento maravilloso

“Hay ‘memorias’ sobre el pasado histórico que son siempre plurales y en minúscula porque cada uno recuerda lo que vivió en primera persona... o lo que otras le han contado sobre el pretérito”.

para el recuerdo, pero también fálaz, interesado y olvidadizo.

Dicho esto, creo que ese pseudo-concepto evoca un conflicto de lecturas interpretativas sobre la guerra civil insoluble porque la contienda escindió por la mitad al país y provocó una hemorragia de víctimas de ambas partes. En la zona sublevada, truncado su objetivo de triunfo rápido, la represión de retaguardia pretendía “limpiar” de escoria el cuerpo social de la nación mediante la eliminación física e intimidación moral de las autoridades institucionales adversas, así como de los dirigentes socio-políticos o militantes de izquierda desafectos o peligrosos. En la zona republicana, aspiraba a eliminar los obstáculos a la transformación social a través de las vidas de militares alzados pero fracasados, dirigentes políticos derechistas, patronos opuestos al sindicalismo obrero y, sobre todo, clérigos de la Iglesia Católica, erigida en símbolo culpable del mal acumulado durante decenios. Así quedó anegado en sangre el suelo de España, sobre todo en los calurosos meses iniciales veraniegos de 1936, testigos del “terror caliente” más atroz y abominable.

P.: Los familiares con fallecidos en un bando u otro ven de modo distinto la contienda.

EM.: Es evidente que los familiares de unas víctimas (las ocasionadas por el bando republicano derrotado) tuvieron la fortuna de ver sus cadáveres recuperados, honrados sus lugares de reposo y gratificados sus herederos. Sin embargo, las familias de las otras víctimas (las ocasionadas por el bando franquista vencedor) tuvieron que sufrir el oprobio de la vergüenza, carecieron de amparo legal para sus deudos y muchas hubieron de renunciar a recuperar sus cadáveres de las fosas comunes. Compensar esas situaciones es una obligación para un Estado democrático, no debería reabrir viejas heridas y, por el contrario, debería contribuir a cicatrizarlas definitivamente. Pero es competencia de los agentes sociales y políticos que sea así porque hubo víctimas y hubo verdugos en ambos bandos, muchos más de los que algunos parecen pensar o se atreven a apreciar. Y no parece que tratar equitativamente a las víctimas suponga ninguna afrenta para nadie sensato a estas alturas. Incluso pudiera servir para terminar con la anomalía que supone la existencia de fosas comunes con cadáveres de la guerra. ¿Alguien con sentido común (no ya político) podría negar a los familiares de los represaliados el derecho a localizar los cuerpos de sus antepasados? ¿Acaso enterrar digna-

mente a los últimos muertos de la guerra no sería la mejor manera de cerrar simbólicamente una página trágica de la historia española?

Teniendo en cuenta esto, también es preciso ser consciente de que

“Es preciso ser consciente de que ‘recordar’ la guerra civil y ‘honrar’ a sus víctimas requiere tanto sentido de la justicia como sentido de la prudencia”.

“recordar” la guerra civil y “honrar” a sus víctimas requiere tanto sentido de la justicia como sentido de la prudencia. De hecho, sin entrar en primacías temporales o grados de vesania criminal, por cada “paseado” como Federico García Lorca a manos militares siempre cabría presentar otro “paseado” como Pedro Muñoz Seca a manos milicianas. ¿Qué cabe hacer, entonces, con la “memoria” de la guerra y sus víctimas? Pues lo mismo que han hecho distintas sociedades enfrentadas a un pasado traumático y cercano. Cabría poner punto final a la amnistía de 1977 y abrir un proceso para ajustar cuentas penales, como se hizo en 1945 en muchos países tras la liberación aliada del yugo nazi. El peligro es que sus resultados fue-

ron discutibles porque las responsabilidades afectaban a tantos millones que no cabía proseguir su curso hasta el extremo, dado que ponía en cuestión la supervivencia del país. Sin contar que los hechos juzgados serían pasado perfecto de 85 años atrás, con ningún responsable vivo y susceptible de juzgar (a la izquierda o a la derecha, dicho sea de paso).

También cabría resignarse a saber sólo que pasó mediante una comisión de encuesta que renunciara a ajustar cuentas y compensara moral o materialmente a todas las víctimas y sus herederos, pese a que la distancia temporal introduce un factor muy considerable (¿son los bisnietos merecedores de compensaciones a cuenta del sufrimiento de parientes tan alejados?). En todo caso, esa fue la opción de la Sudáfrica posterior al apartheid y la preferida desde 1990 por los países ex-soviéticos (sin ese problema de distancia generacional tan grande, por otro lado). Se trata, en fin, de un dilema clásico: o bien suscribimos el principio *Fiat Iustitia, Pereat Mundo* (Hágase justicia, aunque se hunda el mundo); o bien nos inclinamos por la máxima *Salus Publica, Suprema Lex* (El bienestar de la sociedad es la ley suprema).

“Por cada ‘paseado’ como Federico García Lorca a manos militares siempre cabría presentar otro ‘paseado’ como Pedro Muñoz Seca a manos milicianas. ¿Qué cabe hacer, entonces, con la ‘memoria’ de la guerra y sus víctimas?”

Honestamente, yo prefiero la segunda alternativa, que es la que imperó durante la transición política y los primeros decenios de democracia restaurada. Sin que por ello dejara de lado la necesaria restitución oficial de la “memoria” de los represaliados por el franquismo. ¿Por qué motivo? Porque sería una mera equiparación de situaciones entre víctimas. Además, así estaríamos cumpliendo dos recomendaciones del Parlamento Europeo sobre “memoria histórica europea”: la de abril de 2009 que pide respeto para “todas las víctimas de los regímenes totalitarios y antidemocráticos en Europa” siendo “irrelevante qué régimen les privó de su libertad o les torturó o asesinó por la razón que fuera”; y la de septiembre de 2019 que instaba a los Estados a mantener vivos “los recuerdos del trágico pasado de Europa con el fin de honrar la memoria de las víctimas” de “las

dictaduras comunistas, nazi y de otro tipo”. Y en España, particularmente, tenemos “crímenes de lesa humanidad” cometidos por la rebelión militar allí donde triunfó, pero también los análogos crímenes del régimen de terror impuesto por los revolucionarios en zona republicana, que no se legitiman ni excusan por ir antes o después de los otros, al menos en una democracia sólidamente asentada.

P.: Decía hace poco que en una entrevista que en historia también hay *fake news*. ¿Cómo se combaten en una sociedad que parece que minimiza la importancia de la historia, aunque esté notablemente influida por ella?

EM.: Al menos desde hace dos siglos, cuando el viejo género historiográfico legado por la Antigüedad se convirtió en una disciplina científica de la mano de la escuela germánica, la Historia tiene una finalidad expresa: ofrecer un conocimiento crítico, racional, demostrativo, probatorio y si es posible verdadero sobre el pasado de las sociedades humanas en su devenir evolutivo a lo largo del tiempo y sobre el espacio (tanto en su globalidad como en aspectos parciales de esa globalidad: fenómenos sociales, demográficos, políticos, culturales, tecnológicos, etc.). Esa funcionalidad sigue siendo el norte

de la profesión porque seguimos tejiendo relatos narrativos sobre el pasado de los hombres partiendo de los datos probatorios materiales (el *factum* presente de las reliquias del pasado) hasta la razón explicativa e interpretativa que da cuenta de su gestación y supervivencia.

La Historia es así la suma de reliquias (evidencias del pasado) y de relatos (inferencias sobre ellas): una narración que quiere ir del qué y cómo al por qué y para qué. Como nos ha recordado hasta el hastío el postmodernismo y el pensamiento débil de las últimas centurias (ahora renovados con la vindicación de la “posverdad”), el resultado de esa actividad intelectual tiene sus límites probatorios y sus debilidades. Ciertamente, el conocimiento histórico positivo ofrecido por la disciplina de la Historia no es el resultado de una revelación ofrecida a los hombres por la divinidad y sus profetas, ni tampoco es el producto de la inventiva libre del mitógrafo o de la imaginación fértil del literato. Por el contrario, es el producto elaborado por los historiadores sobre la base de unas pruebas materiales y siguiendo unos métodos de investigación objetivados formalmente, sometidos a control en sus postulados y en sus resultados, y depurados por el curso de

las experiencias generadas en el seno del gremio de los historiadores profesionales.

“*La Historia es así la suma de reliquias (evidencias del pasado) y de relatos (inferencias sobre ellas): una narración que quiere ir del qué y cómo al por qué y para qué*”.

P.: ¿Y qué desafíos enfrenta la Historia como disciplina?

EM.: En su calidad de disciplina científica social-humanística, la Historia enfrenta un gran desafío: no es la única plataforma de conformación de conciencia sobre el pasado de la humanidad. La inexcusable necesidad social de contar con una idea del pasado comunitario ha dado origen a lo largo de los tiempos a formas de conocimiento diversas y no siempre armónicas: mitos de creación, leyendas de origen, genealogías fabulosas, doctrinas religiosas... En los dos últimos siglos, se han unido al elenco varios géneros peculiares de enorme poder de evocación: la novela histórica ambientada en otros tiempos; el “cine de historia”; las series televisivas de temática his-

torizante... Estas formas “alternativas” de conciencia histórica han tenido un indudable impacto sobre las sociedades porque el uso del pasado (o al menos cierta lectura del mismo o de alguno de sus períodos) es un componente inexcusable de la “identidad colectiva” de todo grupo humano (sea de grupos de parentesco, clases, naciones, estados o comunidades religiosas) y es así un ingrediente básico de la “identidad” de cada uno de sus individuos.

En este contexto de competencias por la conformación de la “memoria histórica” de las sociedades, el papel de la disciplina de la Historia no puede ser diferente al que siempre tuvo y ejerció, con mayor o menor fortuna, según los tiempos y la pericia de sus profesionales. Sencillamente porque en ese papel reside su practicidad cívica pública que le permite realizar al menos tres tareas culturales inexcusables para la humanidad civilizada: 1º) Contribuir a la explicación de la génesis, estructura y evolución de las sociedades preteritas y presentes; 2º) Proporcionar un sentido crítico de la identidad dinámica operativa de los individuos y grupos humanos; y 3º) Promover la comprensión de las distintas tradiciones y legados culturales que conforman las sociedades actuales.

Y al lado de esta practicidad positiva desempeña una labor crítica fundamental respecto a esas otras formas de conocimiento humano multivariadas: impide que se hable sobre el pasado sin tener en cuenta los resultados de la investigación empírica, so pena de hacer pura metafísica pseudo-histórica o formulaciones arbitrarias. En este sentido, la razón histórica impone límites infranqueables a la credulidad sobre el pasado de los hombres y sus sociedades: constituye un antídoto y filtro correctivo contra la ignorancia que alimenta la imaginación interesada y mistificadora sobre el pasado humano. El historiador francés Pierre Nora, inventor del afamado sintagma “lugares de la memoria”, revalidó esta función de la disciplina hace poco tiempo al advertir contra el moralismo presentista ahora dominante que quiere “convertir la historia en purgatorio de la humanidad” y debilitar así su “misión de vigilancia intelectual, racional y cívica”.

Yo también creo que ese constante ejercicio de la razón histórica ejercido por los historiadores profesionales, por dolorosa e imperfecta que parezca, siempre es preferible a su dormición y su sueño. Aunque meramente sea porque esta última posibilidad, lo sabemos gracias al genio plástico de Goya, no sólo produce ficción y goce

estético sino también monstruos crueles y sanguinarios. Así lo comprendió el escritor italiano Primo Levi, superviviente del campo de exterminio nazi de Auschwitz y autor de páginas memorables sobre su inhumana experiencia como prisionero judío condenado al genocidio: “Si el mundo llegara a convencerse de que Auschwitz nunca ha existido, sería mucho más fácil edificar un segundo Auschwitz. Y no hay garantías de que esta vez sólo devorase a judíos”.

“Ese constante ejercicio de la razón histórica ejercido por los historiadores profesionales, por dolorosa e imperfecta que parezca, siempre es preferible a su dormición y su sueño”.

P.: ¿Las nuevas tecnologías han cambiado la esencia de la docencia universitaria?

EM.: Al igual que las otras disciplinas intelectuales, la Historia evoluciona y se transforma al compás de la propia vida de las sociedades en las que surge y actúa porque es hija de su tiempo y de su época inevitablemente. Y, como todos hemos visto en los últimos decenios, estas sociedades del nuevo

siglo XXI han sido testigos de transformaciones radicales que están en curso de manera acelerada. Si tuviera que mencionar algunos de esos cambios, me atrevería a citar al menos tres, sabiendo que no son los únicos, pero acaso los más decisivos para el oficio del historiador.

En primer lugar, remarcaría el enorme impacto de las modernas tecnologías de la información y de la comunicación telemática. No sólo por haber inducido la conformación de las “humanidades digitales” como respuesta a ese desafío tecno-cognitivo, en un meritorio esfuerzo por superar los programas de investigación meramente analógicos y de base individual. También por haber transformado las técnicas de investigación histórico-humanísticas de manera radical e irreversible, como han advertido muchos analistas. No se trata ya sólo de que sea posible consultar la documentación de archivos ingentes de casi todas las instituciones y repositorios documentales, desde casa, a través de una pantalla, prácticamente en cualquier momento y sin tener que desplazarse en el espacio. Que ya es mucho decir si comparamos la práctica profesional de hace escasamente un par de decenios. Se trata de que hoy en día acaso más del 90 por ciento de todas las investigaciones académicas en la

enseñanza media y superior empiezan consultando los recursos informativos disponibles en la red Internet o las voces de la Wikipedia como gran enciclopedia del saber mundial al libre alcance de cualquier usuario (por cierto, cumpliendo así el ideal de los ilustrados del siglo XVIII al iniciar el proyecto de La Enciclopedia).

“Más del 90 por ciento de todas las investigaciones académicas en la enseñanza media y superior empiezan consultando los recursos informativos disponibles en la red Internet o las voces de la Wikipedia”.

En segundo orden, mencionaría la aparición de los programas de investigación humanística (y por ende histórica) de *Big Data*, capaces de procesar y resolver millones de datos informativos de milares de fenómenos históricos con una intensidad inimaginable para todo un equipo de investigación tradicional. A título meramente ilustrativo, basta citar el *Correlates of War Project* iniciado en la Universidad de Michigan hace ya decenios, que ha venido recogiendo y analizando masas de datos sobre guerras en el mundo desde

1816 y ha sido capaz de generar resultados sorprendentes para los investigadores sobre el perfil, entidad, duración, motivos o efectos socio-demográficos de todos los conflictos bélicos en la época contemporánea. Entre otros resultados, la demostración de la mayor abundancia y duración de las guerras civiles en comparación con las guerras entre Estados a medida que nos acercamos a la actualidad del siglo XX y primeros decenios del XXI, así como su desproporcionada focalización en los países más pobres de África y Asia.

Y, finalmente, quizá también subrayaría el desafío planteado por esos cambios tecnológicos sobre las conciencias y las capacidades cognitivas de los investigadores y lectores de historia, por no mencionar al conjunto de la población. Me refiero en este caso a las conocidas llamadas de atención general de Nicholas Carr y Roberto Casati sobre, por ejemplo, los efectos limitativos de la comprensión compleja que impone el hábito de lectura de mensajes simplificados de un máximo de 280 caracteres (por citar el paradigma de Twitter). En el caso de nuestra propia disciplina, suscribiría en este plano muchas de las advertencias que el historiador español Analet Pons hizo en su libro *El desorden digital*, ya en 2013, sobre el “efecto Google” en nuestras formas de lectura

y comprensión, sobre el impacto de la “Wikipedia” en nuestra información cívica y cultural o sobre la vulnerabilidad de la documentación digital para servir como pruebas del futuro discurso histórico. Se trata en los tres casos de retos para el historiador, sin duda, pero también para todos sus conciudadanos en su conjunto.

P: El mantra de que la historia es una carrera sin futuro se repite hasta la saciedad. ¿Qué le diría a un joven que siente vocación por este oficio?

EM.: Ante todo, desmentiría la veracidad y realidad de ese “latiguillo” mendaz. No es cierto que los graduados en Historia tengan un nivel de desempleo superior o netamente superior a los graduados en otras disciplinas, ya humanísticas o ya científico-tecnológicas. Los datos estadísticos disponibles, al menos antes de la crisis provocada por la pandemia y durante los últimos lustros, son rotundos: en torno al 80 por ciento de los graduados encuentran empleo al cabo de un año de terminar sus estudios. En todo caso, sí que es verdad que los empleos directamente relacionados con la Historia son muchos menos que los contingentes de graduados disponibles cada año. Pero es que la Historia no es una carrera que sólo tenga por cometido producir profesores

de Historia en los niveles de secundaria o universitaria. Es una disciplina socio-humanística que forma y capacita para ejercer muy diferentes oficios, labores y ocupaciones, sean docentes, arqueológicas, periodísticas, archivísticas, documentalísticas o de gestión y divulgación del patrimonio histórico-cultural en su amplia diversidad. Ésa es su grandeza y potencialidad, me parece, y más en estos tiempos de rápida mutación del mercado laboral y profesional, donde ya nada parece sólido y permanente por mucho tiempo.

“La Historia no es una carrera que sólo tenga por cometido producir profesores de Historia ... Es una formación socio-humanística que forma y capacita para ejercer muy diferentes oficios, labores y ocupaciones”.

En todo caso, si tuviera que hacer una recomendación a los estudiantes de Historia con vistas a su futuro, les repetiría la que hacía el gran historiador Jacob Burckhardt a sus alumnos: “¡Tenéis que saber leer!”. La lectura es el nutriente más perfecto que hay para estimular el intelecto, nuestro órgano pensante

más crucial y único entre las especies animales. Tenemos que leer para entender o empezar a entender. Leer es casi una función principal del historiador. Y esa labor de lectura persistente y sistémica habría que hacerla siguiendo el consejo que, según relata Alberto Manguel, le dio un copista medieval del siglo XIII a su compañero de oficio principiante: “Deberás convertir en hábito, cuando leas libros, fijarte más en el sentido que en las palabras, concentrarte más en el fruto que en la hojarasca”.

Aparte de asumir el hábito de leer con profundidad reflexiva, también les daría otro par de recomendaciones muy ligadas: deben también aprender a escribir con precisión académica, para evitar malentendidos y equívocos nocivos, al igual que deben aprender a hablar en público con mínima propiedad y voluntad de ser entendidos sin error. Esas

“La lectura es el nutriente más perfecto que hay para estimular el intelecto, nuestro órgano pensante más crucial y único entre las especies animales. Tenemos que leer para entender o empezar a entender. Leer es casi una función principal del historiador”.

tres habilidades, que se adquieren por la rutina del estudio y la práctica constante, son el fundamento sólido para ulteriores empresas intelectuales y profesionales en el ámbito de la historia y de la vida adulta en general. Unos estudios universitarios que preparen a sus cultivadores en esos tres campos ya se justifican por sí mismos suficientemente, en mi opinión. ■